Padre José María Lagrange O.P

Adoración de los Magos. Huida a Egipto

Después de haber descrito cómo fue consagrado Jesús al Señor, san Lucas vuelve a la sagrada Familia a Nazaret, de donde habían salido María y José. Dado el laconismo de la narración, los historiadores no tendrían ningún inconveniente en poner otros hechos entre la presentación en el Templo y su retorno a Nazaret. Así lo sugiere el relato de san Mateo. La verdadera dificultad está en explicar el porqué san José, que vivía en Nazaret, llevó a María con Jesús a la villa de Belén después de la ceremonia del Templo. No hay indicio alguno que nos permita resolver positivamente la duda. ¿Sería que san José aprovechó alguna ocasión favorable? ¿No le había llegado aún la vez para inscribirse? ¿Hizo amistad con los que le ofrecieron asilo o con ocasión del censo reanudó las relaciones con algún pariente lejano? En fin, en aquella gruta arreglada para habitación de María y José estarían poco más o menos como estaban en Nazaret. San Mateo supone, pues, sin dar más pormenores, que ellos estaban aún en Belén a la llegada de los Magos. Esta visita no pudo realizarse antes de la escena del Templo, aun suponiendo que la estancia en Egipto fuera de algunos días solamente, porque ir a Jerusalén después del degüello de los santos Inocentes sería exponerse a un peligro que José debía evitar, como expresamente lo dice san Mateo.

¿Quiénes eran los Magos? Los antiguos, sobre todo en Occidente, han visto en ellos a sacerdotes de la religión de los persas; con esa palabra se les designaba. Pero también se usaba para señalar a los astrónomos, un poco astrólogos, porque en Oriente, fuera de la gran escuela de Astronomía de Alejandría, apenas se preocupaban de las estrellas y menos de los planetas, como no fuera para adivinar el destino de los niños nacidos bajo tal o cual influencia. Este mal nombre de magos astrólogos, tal vez fue lo que hizo creer que los magos del Evangelio eran sacerdotes persas. Pero Persia no está precisamente al Oriente de Palestina, y los padres originarios de Tierra Santa, como san Justino, del siglo II, y san Epifanio, del IV, hacen venir a los magos precisamente del este, es decir, de los países situados al otro lado del mar Muerto que formaban parte de Arabia. Así lo indica también la naturaleza de los presentes. Estos mismos presentes hicieron creer a Tertuliano que los magos eran reyes, porque el salmo LXXI anunciaba que reyes árabes y de Sabá llevarían dones al Mesías. La tradición popular ha añadido un espléndido equipaje y ha dado el nombre de Melchor al representante de los semitas; de Gaspar, al resto de la raza blanca, y de Baltasar, al de los negros.

Nosotros debemos representárnoslos sencillamente como hombres graves dedicados al estudio de los cielos, deseosos de leer en ellos el porvenir y especialmente preocupados de la venida de un gran rey, esperado por los judíos de aquel tiempo. Eran por aquel entonces numerosísimos los judíos en Arabia, y no ocultaban sus esperanzas, especialmente acaso aquella profecía de Balaam, el profeta del país de Moab, que anunciaba que una estrella

nacería en Jacob y un cetro se levantaría en Israel.

Desde los días del vidente contemporáneo de Moisés se conservaban latentes las vagas esperanzas de una grandeza real, esperanzas que también se habían difundido por todo el mundo antiguo. La salida de un astro y el advenimiento de un rey estaban asociados en la opinión pública: la primera era pronóstico del segundo. Así, cuando los Magos vieron salir por Oriente un nuevo astro, probablemente un cometa, todo el mundo daba por seguro que era presagio de un rey glorioso. Pensaron ellos en el futuro rey de los judíos, del cual éstos decían cosas maravillosas. Pensando, pues, en que había nacido, fueron a Jerusalén, la ciudad santa del judaísmo. Ignorantes de las circunstancias, especialmente de los celos feroces de Herodes, aun para con sus propios hijos, manifestaron con toda ingenuidad su intención de rendir homenaje al recién nacido, con sólo que les dijese el lugar de su nacimiento. Creyeron, sin duda, que nadie lo ignoraba en su propia tierra. Sucedió al contrario y hubo asombro general con el revuelo consiguiente a toda noticia extraordinaria. La policía de Herodes previno al viejo tirano, para que no tuviese en poco la hipótesis de semejante competidor. No acostumbraba a consultar al Sanedrín, cuyas atribuciones había reducido a ocuparse sólo de hacer justicia, algo así como era el parlamento de París en el reinado de Luis XIV. Esta vez, sin embargo, reunió en asamblea a cuantos podían darle luces respecto a profecías, a sacerdotes y a doctores, y les rogó que le dijesen, a él el primero, dónde había de nacer el Mesías, cuya sola imagen le inquietaba.

Los Maestros de Israel pensaron no comprometer su honor con un problema mal resuelto aún. Estaban concordes todos en que sería de la familia de David, pero muchos creían poder afirmar que su origen terreno sería misterioso, viviría al principio oculto, y al aparecer en público, sería súbitamente y con gran aparato presentado por el profeta Elías vuelto a la tierra para darle la investidura de Mesías, es decir, de ungido del Señor, derramando sobre su cabeza el óleo real. Este hijo de David debería tener del jefe de su raza lazos de parentesco en Belén, pero no era igualmente seguro que hubiera de nacer allí. Había, no obstante, un texto de Miqueas, bastante preciso, y los doctores no dudaron en citarlo. El hebreo decía: «Mas tú, Belén de Efrata, pequeña en cuanto a tu clase, entre las casas de Judá, de ti me saldrá *(un príncipe)* que sea soberano en Israel y sus orígenes son desde la edad antigua, desde los días remotos. Él los dejará, pues, hasta el tiempo en que aquella que lo deba parir lo haya parido.»

Se habían fijado en la única profecía que sobre este asunto hay en la Biblia. San Mateo, al resumir el texto, da a entender que en adelante Belén no sería tan pequeña.

Herodes quedó satisfecho con esta respuesta, porque, ¿quién podía hacerle sombra en Belén entre los hombres que estaban en edad de reinar? Sin embargo, tuvo curiosidad en saber de los Magos el tiempo preciso de la aparición del astro: su héroe tenía indudablemente que contarse entre los niños. Todo esto le pareció bastante quimérico. De haber dado alguna importancia a las conjeturas de aquellos extranjeros, hubiese enviado en su seguimiento algunos de a caballo que a las dos o tres horas le habrían

informado de lo que había. Se aquietó confiado en la política que había seguido. Allí estaban sus hijos, los que se habían librado de sus iras, prontos para sucederle en el reino: Arquelao, Antipas y Filipo.

Acaso Augusto pensaba agregar la Palestina al imperio, pero si permanecía un rey, sería, según el sentir de Herodes, un príncipe de su casa. Tomar en serio la astrología y la profecía aquélla le pareció indigno de un político de altura como era él. Con tono bonachón, en que se entreveía burlona ironía, dijo a los Magos: «Id y preguntad con diligencia por el niño, y después que lo hallareis, hacédmelo saber, para que yo vaya también y le adore.» Los que le conocían bien se darían a pensar que, no obstante aquellas exterioridades, aquellas bromas acabarían en sangre.

Partieron los Magos. Pasadas dos horas, estaban en Belén, y grande fue su alegría cuando la estrella que habían visto en el Oriente se les mostró en dirección al sur, y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño. El cometa, si es que era cometa, hacía el oficio de guía, y san Mateo le atribuye, con términos apropiados, orientación para realizar su destino providencial. No hay porqué no sobreentender lo que el texto no dice: lo mismo que los pastores, aunque esclarecidos por los ángeles, hubieron de preguntar para cerciorarse de la señal que se les diera, los Magos se informarían, sin duda, para hallar el alojamiento donde estaba el recién nacido. Entrando en el establo que hacía de casa, mirando los Magos al niño con María y postrándose en su presencia y abriendo sus alforjas de viaje, ofrecieron sus presentes, de que venían provistos para el pequeño rey: oro, incienso y resina perfumada, que se llama mirra. Más tarde se vieron en ellos símbolos: el incienso está reservado a Dios, el oro al rey y la mirra fue empleada en la sepultura de Cristo. Los buenos Magos llevaron lo que los extranjeros iban a buscar con preferencia a su tierra. El instinto de sus corazones hizo que escogiesen lo que sería expresivo y afectuoso símbolo.

No quiso Dios que fuesen víctimas de su sencillez, y así les avisó en sueños que el retorno a sus casas lo hicieran por otro camino. Es muy creíble que si su venida la hicieron por el camino ordinario de Jericó, a su vuelta lo hayan hecho por senderos al sur del mar Muerto. Quien estaba en mayor peligro era el Niño, cuya hora de sufrir y de manifestarse haciendo milagros aun no había llegado. Un ángel del Señor previno, pues, a José, y, como siempre, en su sueño, y le ordenó que huyese a Egipto con el Niño y su madre, porque Herodes lo buscaría para matarlo.

(José María Lagrange, *El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo,* Editorial Litúrgica Española, Barcelona, 1933, p. 229-230)